

VERGARA Y VELASCO, EL GRAN GEOGRAFO

Por: **JULIO C. VERGARA Y VERGARA**
de la Sociedad Geográfica de Colombia

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 53, Volumen XV
Primer Trimestre de 1957*

Con ocasión del estudio realizado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia a solicitud del gobierno de Panamá para determinar si el territorio de ese país pertenece geográficamente a la América Central o a la del Sur, estudio publicado recientemente en el número 201 de la revista del Instituto, del que da cuenta el último número del *Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia*, nos es grato recordar que desde hace sesenta y ocho años el geógrafo colombiano Vergara y Velasco había dilucidado esa cuestión acertadamente.

En la primera edición de su *Nueva Geografía de Colombia* (1888), expresa que Panamá, si bien «se parece al resto de la América tropical... está tendido en la misma dirección de la América Central, de cuya mesa hace parte...».

En la segunda edición de dicha *Geografía*, que comenzó a publicarse en 1890 y se terminó en 1892, decía el autor al enumerar las zonas o regiones orográficas o climáticas de nuestra patria: «Completa la zona occidental o montañosa el Chocó con una selva única en el mundo, y la faja del Istmo, que, geográficamente considerada, pertenece a la América Central».

Exactamente los mismos términos en que el general Ramón Cañas Montalvo, Vicepresidente del Instituto Panamericano resume los estudios verificados, previa consideración de los aspectos geográficos, geológicos, geofísicos, antropológicos e históricos, es a saber: «El Istmo de Panamá — considerado geográficamente— forma parte de la América Central».

Eliseo Reclus, geógrafo de fama mundial, en el capítulo *Colombia* del tomo XVIII de su monumental *Geografía Universal* publicado en 1893, considera que el San Juan y el río Atrato «corren en el valle que constituye el verdadero límite de la América meridional desde el punto de vista orográfico». En el mismo año verificó la traducción de dicho capítulo Vergara y Velasco, quien observa en una de sus notas refiriéndose a la anterior proposición: «Quédanos la satisfacción de ver acogida en la obra del gran geógrafo francés la idea por primera vez lanzada por nosotros hace ya 5 años».



Francisco J. Vergara y Velasco
General de División.
Popayán, 15 de junio de 1860
Barranquilla, 21 de enero de 1914

Conviene destacar que la *Nueva Geografía de Colombia*, por regiones geográficas apareció años antes de que Reclus publicara los capítulos sobre Panamá y Colombia (1892 y 1893), como lo demuestra la correspondencia cruzada entre el sabio francés y su colaborador y amigo el geógrafo colombiano.

Le decía Reclus a éste el 8 de octubre de 1888:

«Os estoy muy reconocido por el envío que me habéis hecho. La Nueva Geografía de Colombia me será muy útil, y de antemano me deleito con el pensamiento de estudiarla».

El 23 de enero de 1889:

«Acabo de recibir algunos ejemplares de vuestra obra sobre el archipiélago de San Andrés, y me he apresurado a distribuir los duplicados a diversas sociedades científicas».

Se refiere al folleto que había publicado el año anterior (110 páginas) con el título *El Archipiélago de San Andrés (las islas de San Andrés y Providencia)*, estudio muy detallado de estas islas, sobre cuya importancia llamaba encarecidamente la atención. Comprende: aspecto físico, relieve, régimen de aguas, geología, clima, flora y fauna, demografía, vías de comunicación, agricultura, industria y comercio, etc.

En la misma carta (enero 23 de 1889) Reclus le anunciaba:

«Será en 1892, si vivo para entonces, que espero empezar, por fin, la Geografía de Colombia. De antemano puedo felicitar me por la ayuda que encontraré en vos y en mis compatriotas granadinos, puesto que tienen la benevolencia de considerarme como tal. Lo que me decís de vuestros proyectos relativos al estudio completo del suelo y del clima colombianos (lo subrayado es nuestro) me hace esperar una obra grandiosa, y por mi parte seré muy feliz en poderos ayudar en el plan de esta obra, aunque no sea sino de una manera infinitesimal...».

El 14 de mayo de 1889:

«Os doy las gracias por vuestra valiosa promesa de enviarme las diversas publicaciones geográficas, geológicas, estadísticas y aún históricas que creáis pueden facilitar mi obra cuando vaya a ocuparme de nuestro admirable abanico de mesetas y montes colombianos.

«Mi geografía deberá su interés al cuidado que pondré en recoger todos los documentos dispersos. Lo que equivale a decir que lo tendrá en alto grado si en lo relativo a vuestro país —a nuestro país— puedo lograr vuestra aprobación».

El 7 de mayo de 1890:

«Me ocupo ahora de escribir el volumen XVII, que comprende México, la región de los istmos americanos y las Antillas. La parte de mi actual campo de estudio, porque, vos lo sabéis, las divisiones geográficas deben primar sobre las divisiones políticas».

El 3 de junio siguiente:

«Comienzo a leer muy atentamente lo que me habéis enviado de la región ístmica, Serranía ístmica, págs. 26 a 39 y págs. 481 a 508; pero además podéis procurarme otros materiales útiles. Quisiera tener vuestra opinión en lo relativo al canal: he oído ya muchas voces interesadas en un sentido o en otro; pero, con una sola excepción, no he tenido ocasión todavía de escuchar expuesta la cuestión por un colombiano».

En enero de 1892:

«En este año me ocuparé de la descripción de las comarcas andinas, y deseo desarrollar, especialmente, la geografía de un país al que me ligan de corazón tantos lazos, la República de Colombia. Quiero deciros que tendré necesidad de vuestro apoyo... Los documentos preciosos que habéis tenido la bondad de enviarme, no han llegado, y me sentiría muy desdichado si semejante desventura se produjese por segunda vez...».

El 24 de abril:

«Tengo el placer de anunciaros que una de vuestras obras, enviada de Bogotá, se ha encontrado. La casa Hachette acaba de hacerme llegar el ejemplar de vuestra Geografía, en el que habéis escrito que la impresión estará terminada antes del mes de junio...».

El 13 de agosto del mismo año:

«He recibido vuestras dos cartas del 1º y del 2 de julio, así como el paquete que contiene la continuación de vuestra Geografía, diversas hojas de las memorias en curso de publicación, y una pequeña carta de las antiguas minas de oro del Chocó. Os doy las gracias por todos estos envíos, especialmente por las hojas de vuestra Geografía.

«Precedentemente había recibido en dos paquetes diversas cartas manuscritas, de las cuales una corresponde al delta interior del río Cauca —San Jorge—, pero actualmente no puedo daros la lista de todas esas cartas porque varias de ellas están ya en manos de los dibujantes, y porque yo mismo, ausente de París durante algún tiempo, no he traído aquí... sino una parte de mis documentos.

«Me anunciáis una grata noticia, la del próximo envío de los documentos ministeriales presentados al Congreso. Las estadísticas que poseo son muy defectuosas.

«Me decís que muy valiosas informaciones me llegarán más tarde, y que en consecuencia sería conveniente que yo pudiese retardar la publicación de mi capítulo Colombia. Esto desgraciadamente no puede hacerse, pero poco importa. Si mi trabajo, por defectuoso que sea, os parece digno de ser corregido y enmendado, podréis someterlo al mismo proceso de corrección que empleásteis en la península ístmica de Panamá, y entre los dos publicaremos en seguida una Geografía colombiana digna de este nombre.

«Gracias por las diversas explicaciones que me habéis dado. Una de ellas llegó demasiado tarde para la entrega en prensa, pero no para mi instrucción».

A fines de dicho año, 1892:

«Acabo de recibir los dos paquetes que me habéis enviado:

«1°—Vuestra *Geografía de Colombia* y los documentos inéditos que habéis dado a conocer.

«2°—Varias cartas preciosas... *Bogotá y las rutas del Magdalena, el relieve de la Nueva Granada, el Ferrocarril de la Dorada, y varios otros croquis del río, la vista del campo de batalla de Boyacá y el macizo Colombia, la anastomosis del Cauca, del Magdalena y del César, el bajo Magdalena, la mesa de Herveo, el macizo de Ibarra y el de Túquerres, el alto Magdalena, en fin, un Plano de Codazzi impreso, que da el trazado del camino entre Facatativá y Ambalema.*

«No es preciso decirlo que tendré en cuenta vuestras correcciones del relieve para mi carta del volumen XVII, y que haré según vuestro modelo una carta especial en el volumen XVIII.

«Veo con el mayor placer que la obra de exploración de vuestro país está más adelantada de lo que generalmente se cree, y como me aconsejáis, desconfiaré de todas las atrevidas aserciones de los viajeros de paso. Ya había notado los errores de Hettner y no había sido engañado por las pretensiones de Crevaux respecto del Guaviare. No me resta sino daros las gracias por todas las bellas cosas que me habéis enviado y por las que me prometéis llegarán próximamente».

Reclus publicó en 1893 el tomo XVIII de la *Geografía universal*. En el capítulo sobre Colombia de este tomo y en el que se refiere a Panamá del tomo XVII, colaboró según hemos visto, en forma eficaz y desinteresada, Vergara y Velasco, cuya *Nueva Geografía de Colombia*, aparecida en 1892, o sea un año antes, se cita allí con frecuencia; y de ella se toman en lo relativo al clima, las principales y valiosas consideraciones que por primera vez se determinaban con criterio científico en asunto de tan grande trascendencia, y que hoy mismo han dado motivo a muy elogiosos comentarios de hombres de ciencia como el profesor Luis María Murillo.

Vergara y Velasco tradujo los Capítulos V del tomo XVII (Panamá) y III del tomo XVIII (Colombia), reuniéndolos en una obra de conjunto que denominó Colombia, y que con el apoyo oficial editó en el mismo año de 1893, completándolo con numerosísimas notas de capital importancia. No solo inspiró y ayudó a formar el texto, sino que lo aclaró y corrigió, demostrando que dominaba completamente la materia, y justificando la apreciación de un distinguido historiador (Gustavo Arboleda) de que en ese libro «la parte fundamental es obra de Vergara y Velasco».

El propio Reclus lo reconoció sin ambages en carta que le dirigiera el 20 de febrero de 1893:

«Mi querido amigo y colaborador:

«Os felicito vivamente por el viaje que pensáis emprender a la cima del Sumapaz y a las fuentes del Ariari; allí haréis preciosas investigaciones que ayudarán al progreso de la geografía. Si me lo permitís, comunicaré los resultados de vuestros estudios a algunas sociedades científicas, a menos que queráis hacerlo directamente.

«Lo que ya he recibido de vuestra traducción anotada y corregida, me parece admirablemente hecho. En esta obra de colaboración, vos sois en realidad el maestro, puesto que sabéis lo mejor; y si no empleo ese título... es porque prefiero el más precioso de amigo».

Jorge Brisson, notable geógrafo que a la sazón exploraba las llanuras de Arauca y Casanare, le manifestó en carta escrita desde Támara, en junio de 1894 :

«Continuamente tengo sobre mi mesa, y llevo a todas partes cuando voy de viaje, su *Nueva Geografía de Colombia* y su tan útil traducción de Colombia, de Reclus, cuyas notas valen muchas veces más que lo anotado».

Vergara y Velasco adicionó la traducción de Reclus con un *Apéndice*, en el que describe y analiza las *Regiones Geográficas* naturales que ya había dado a conocer en su Nueva Geografía de Colombia, agrega la división territorial, tablas de alturas, longitud de ríos, etc. Incluyó también un mapa o diagrama de las regiones geográficas y otros dos de la orografía e hidrografía colombianas que por dificultades pecuniarias no habían aparecido el año anterior en la *Nueva Geografía de Colombia*.

Copiamos en seguida algunos párrafos de otras cartas de Reclus que confirman el aprecio que a su amigo y colaborador dispensaba el ilustre geógrafo francés.

En abril de 1893, en respuesta a algún proyecto de Vergara y Velasco sobre el tema Colombia, le decía muy entusiasmado:

«He recibido ayer un nuevo envío de vuestra traducción y diversas obras, por lo que os doy las gracias...

«Me sentiría dichoso si en el curso de algunos años pudiese volver a Colombia y continuar mi colaboración con vos. Pero aun cuando no tuviera la oportunidad de ir a estrecharos la mano, allá en las mesetas andinas, quizá podría seros de alguna utilidad. Vuestra carta general a 1.350.000, es completamente insuficiente. ¿No será ya tiempo de reunir todos los trabajos parciales para llegar, más o menos pronto, a dibujar una carta topográfica en escala de 50.000 o siquiera de 100.000 por ejemplo? ¿Lo que México ha intentado, no podremos intentarlo nosotros?

En diciembre de ese año:

«Muy querido señor y amigo: Hoy he entregado a la imprenta la última hoja de mi último volumen. He añadido a la obra un apéndice, Última palabra, relativa a un volumen adicional que deseo redactar: El Hombre, volumen de historia y de geografía comparadas, con algunas consideraciones sobre los tiempos venideros... Espero poder realizar esa inmensa tarea.

«Me ocuparé también de aligerar mis diecinueve gruesos volúmenes, suprimiendo todo lo que se refiere a cuestiones transitorias de administración, de comercio o simplemente corográficas, para no conservar sino la parte duradera, de interés permanente».

Cuatro años más tarde (julio de 1897):

«. ..Habréis, sin duda, aumentado el haber cartográfico de Colombia, y habréis añadido preciosos documentos a vuestras colecciones.

«Todos estos tesoros podrían serme de capital utilidad, porque acabo de ser encargado de la construcción de un globo de 320.000 para la Exposición de París. Veis, pues, el lugar importante que Colombia tomaría en ese esferoide, y solamente de vos depende el que ese lugar se llene de una manera original y verdadera. Os sometería todos mis dibujos, pero con la promesa de que me enviaríais los diseños preliminares.

«Ya habéis contribuido ampliamente a despejar el caos de líneas que antes representaba vuestro país, y por la gran carta en la que trabajaríamos juntos llegaríais de una manera definitiva a fijar en sus grandes rasgos la cartografía colombiana...».

Y el 24 de septiembre del mismo año:

«Estoy confundido por el interés que ponéis en colaborar en mi obra... Vuestros trabajos son de una importancia capital, y tarde o temprano nos permitirán dibujar una carta a grande escala que reemplazará las precedentes, y será para nosotros punto de partida para investigaciones ulteriores

más completas. Vuestra obra será duradera, y de antemano os ofrezco mi concurso si hacéis grabar esas cartas en Europa, así como yo cuento con vos para mi Globo Terrestre. Digo mío, pero es preciso decir nuestro, porque en nuestro Globo se hará constar que Colombia tiene por autor al Sr. F. J. Ver erara y Velasco. ...».

Entre 1901 y 1902 publicó éste la tercera edición de la *Nueva Geografía de Colombia* (geografía general), lo que le permitió corregir, según él mismo lo indica, «los principales defectos y errores por el trabajo de varios años», y llenar el vacío de la falta de ilustraciones adecuadas (cartas y planos), «sin las cuales no hay libro de geografía digno del nombre de tal, pues toda descripción de un territorio cualquiera no es ni puede ser otra cosa que un comentario documentado de las líneas que geoméricamente representan ese territorio en el papel».

«No por vanidad personal, agregaba, sino por bien entendido orgullo patrio, podemos afirmar que esta edición ilustrada de la *Geografía de Colombia*, no tiene par en la América Latina, y deja muy atrás cuanto en la materia se conoce de México a Chile y la Argentina; y si las ilustraciones no son perfectas desde el punto de vista artístico (fueron xilografiadas porque no dispuso el autor de mejores elementos), en cambio constituyen una obra esencialmente nacional, ejecutada por jóvenes formados en la Escuela de Grabado, en maderas recogidas en las magníficas selvas colombianas».

La *Geografía* está impresa en un volumen de 1.010 páginas, que suben a 1.170 con apéndices: datos históricos y coordenadas geográficas, e índices.

Una prolongada serie de luchas y de esfuerzos culminó en esta obra, comenzada varios lustros atrás, ya que desde la adolescencia el autor había tenido predilección por los estudios geográficos e históricos, y al cumplir veintiocho años publicó la primera edición de su libro.

No hay exageración en calificar la *Nueva Geografía de Colombia* como una obra monumental, única en su género en el país, no solo por el novísimo y racional sistema de estudiar el territorio según sus regiones naturales, sino por la admirable descripción de los valles y de las montañas, de las serranías y llanuras, de los ríos y lagos, hecha con verdadero fervor panteísta; por el gran número de grabados (mapas, diagramas, cuadros, vistas); por la claridad de la exposición y la sencillez y elegancia del estilo, a pesar de la gran cantidad de cifras y de datos incorporados en el texto; y por los valiosos capítulos sobre climatología, geología, altimetría, etnografía, demografía, capacidad productora, comercio, industrias, historia, etc., particularmente el primero que contiene teorías y observaciones verdaderamente geniales. Todo lo cual representa tan enorme suma de trabajo y de

inteligencia, que por sí sola bastaría para llenar la vida de un sabio y laborioso investigador, y parece increíble hubiera sido realizado por quien apenas llegaba a los cuarenta y un años de edad.

Años después publicó, como complemento de su obra, una *Carta de Colombia*, xilografiada (1906), y un *Atlas completo de Colombia*, en siete entregas, con ochenta cartas, también grabadas en madera, pues no tuvo posibilidad de costear una edición litografiada, ni el gobierno realizó la edición de la *Carta de Colombia*, a pesar de que así lo deseaba el presidente Reyes, porque algunas entidades oficiales opusieron toda clase de obstáculos. Publicó también *Memoria sobre la construcción de una carta geográfica de Colombia* y de un *Atlas completo* de geografía colombiana (1906, 56 páginas), memoria analizada por el ingeniero Dióforo Sánchez con justicieros comentarios (Anales de Ingeniería, volumen XII, 160), quien expresa lo siguiente: «La parte grabada en la carta de Colombia, de Vergara y V., con la nueva división territorial, mide 55 centímetros de largo por 34 de ancho. Es una reducción a escala de 1:2.939.420, cerca de la mitad de su original inédito, ejecutado en la 1:850.000, o sea de un milímetro por minuto de arco, suponiendo de igual extensión los grados de latitud que comprende el territorio hacia el Norte. De Sur a Norte abarca todo el territorio, pero de Occidente Oriente solo se extiende algo más de tres grados al oriente de Bogotá, de suerte que no comprende los territorios, cercén verificado con el objeto de facilitar la obra del grabado, que fue en madera y acondicionando cuatro piezas para formar la plancha total. Cuánta paciencia habrá sido necesario desplegar para obtener aquí un regular resultado, solo el autor podría decirlo.

«En cuanto a la proyección que eligió el general Vergara para la elaboración de su carta, fue la de *Mercator*, que, en su concepto, es adecuada a la localización geográfica de nuestro país...

«El trabajo anterior más serio que llegó a traducirse en mapas que han venido sirviendo casi medio siglo, es el del inmortal Codazzi, que desgraciadamente no alcanzó a concluir. La nueva carta, por lo que hemos podido notar hasta ahora, determina variadas y sustanciales modificaciones para el territorio nacional, tanto en las regiones interiores como en algunas de nuestras costas...

«Para llevar a cabo su trabajo, el general Vergara ha aprovechado toda labor, grande o pequeña, que una vez analizada merece fe; ha acogido todos los trazos referentes a ferrocarriles, caminos, telégrafos, exploraciones, deslindes en nuestras fronteras, mapas de baldíos y de diferentes medidas, todo lo cual ha sido intercalado, mediante centros de referencia fijados astronómicamente, en los trabajos geográficos serios practicados hasta la fecha por nacionales y extranjeros. Es digna de mención la insistencia con que ha ocurrido a donde toda persona que.., tiene algo o ha recogido algún dato de interés geográfico, de suerte que a él se debe que muchas labores oficiales y

particulares de los colegas, lejos de haber perecido en el olvido, figuren en sus libros en el puesto que les corresponde y con el nombre del trabajador. ...».

Sobre la exactitud de las cartas elaboradas por Vergara y Velasco podemos aducir algunos valiosos testimonios. Don Rufino Gutiérrez, prestigioso intelectual, muy versado en historia y en geografía, autor, entre otras obras importantes, de *Monografías de poblaciones colombianas*, (dos tomos), le dirigió el 29 de agosto de 1912 la siguiente comunicación:

«He examinado y estudiado con la mayor atención la carta geográfica de la hoya del Patía trabajada por usted.,.

«Desde el año de 1893 vengo estudiando en los libros, manuscritos y mapas que puedo hallar a la mano, y en el mismo terreno, la historia y la geografía de la Sección que tarde o temprano formará el décimo departamento... En cada uno de los viajes que he hecho al Sur, he llevado cartas geográficas, relaciones de viajeros, geografías, brújulas, etc., para hacer un estudio formal de las localidades que iba recorriendo, y anotar y rectificar todo lo que encontrara digno de ello. Por eso puedo dar a usted opinión no inconsciente de su trabajo. No lo comparo con las cartas geográficas publicadas hasta hoy, para decirle que lo encuentro mucho mejor que éstas, porque ese sería flaco elogio.

«En el último viaje hasta Ipiales llevé un mapa de las provincias de Túquerres y Obando y otro de la costa del Pacífico, entre las bocas del *Mica* y las del *Micay*, trabajados por usted. El primero lo hice estudiar por todos los conocedores en las principales poblaciones del Sur, para que me indicaran los errores u omisiones que notaran, y solo encontraron que no estaban marcados dos *camino seccionales recientemente* abiertos y el cambio de nombre de dos riachuelos.

«El segundo fue detenidamente comparado por el Capitán del buque inglés *Taboga* con las copias de las cartas del Almirantazgo que usa la marina inglesa, y después de un detenido estudio me hizo pequeñas correcciones y marcó en sus cartas seis omisiones tomando los datos de la de usted, de que hizo grandes elogios, manifestándome que él podía apreciar su trabajo porque hacía muchos años que navegaba en nuestras costas del Pacífico, las cuales ha recorrido palmo a palmo con agentes venidos expresamente a estudiarlas...

«El trabajo de usted lo encuentro de una exactitud admirable hasta en los más pequeños detalles, y si el de las demás regiones del país es igual, como lo supongo, habrá levantado usted un monumento de gloria para su nombre y para la Nación, que no muy tarde será apreciado en todo su valor...».

El general Paulo Emilio Escobar, ilustrado oficial del ejército y connotado publicista, le expresaba en carta fechada en Cúcuta el 19 de abril de 1906:

«Con el general Vargas hemos estado, *Geografía* de usted en mano, comprobando la exactitud del texto y números. Las alturas de las montañas, población, temperaturas, etc., todo está como si usted hubiera venido en persona a estas lejanías a tomar datos. La *Geografía* es el texto de consulta más perfecto, completo y útil que hasta hoy se ha escrito, desde Río Grande hasta el Cabo de Hornos».

Y el afamado geógrafo y explorador Dr. C. A. Veatch, en su interesantísimo libro *Quito to Bogotá*, edición en inglés, 1917, menciona con frecuencia planos y datos de Vergara y Velasco que utilizó en la zona sur de Colombia.

Tan importante había considerado la labor científica de éste la Sociedad de Geografía de París, que discernió al geógrafo colombiano el premio *Charles Maunoir*, instituido en 1821 por el geógrafo francés de este nombre, oficial del Ejército, para premiar los más notables trabajos que sobre la materia se presentaran en el mundo. El informe en que se fundó la ilustre Sociedad para adjudicar el premio, rendido por el geógrafo Franz Schrader, director de *L'Année cartographique*, en la sesión solemne celebrada en París el 24 de abril de 1908, dice así:

«El señor Vergara y Velasco es uno de los veteranos de la geografía y la cartografía hispanoamericanas. Su carrera científica es un hermoso ejemplo de perseverancia y de esfuerzos continuados.

«El mayor elogio que puede hacerse de él es recordar que Eliseo Reclus le tenía en alta estima, y que el nombre del geógrafo colombiano está citado frecuentemente en sus obras, y siempre como el de un sabio que inspira confianza por la probidad y sinceridad de su labor.

«Entre las obras del señor Vergara y Velasco, la más importante es, ciertamente, la *Nueva Geografía de Colombia*, en la cual el autor da una magnífica descripción física de su país en un volumen en 4º, de 1.100 páginas.

«Como coronamiento de esta obra considerable, el autor publica actualmente un *Atlas completo de geografía colombiana*, en 85 cartas con texto explicativo e índice alfabético: cartas generales, departamentales, locales, históricas y estadísticas. Estos títulos justifican suficientemente la adjudicación del premio *Ch. Maunoir* al señor Vergara y Velasco.

«Hay obligación de manifestar el pesar de que los medios materiales de que ha dispuesto el señor Vergara y Velasco no estén en relación con el valor del fondo de sus obras, y de que el contenido

no resulte mejor anunciado por el aspecto exterior. El mérito del autor no es, por esto, menos grande, y su obra, su constancia y su modestia inspiran respeto».

Con ocasión del premio en referencia y con el título *Nueva Geografía de Colombia*, escribió el eminente ingeniero Enrique Morales el editorial de Anales de Ingeniería del número 188 (octubre de 1908), del que tomamos:

«Fr. Schrader, el continuador del grande Atlas de Vivien Saint Martin, del cual ha sido colaborador Vergara y Velasco, es, sin duda ninguna, el primer cartógrafo de la época, verdadero *especialista* en la materia y jefe del ramo en la Casa Hachette y Cía...

«Vergara y Velasco mantuvo sostenida correspondencia con el gran geógrafo francés Elíseo Reclus, hasta el día de su muerte, como la había sostenido con el no menos célebre Jules Marcou, el fundador de la *Survey Geology*.

«La *Geographie*, que ha consagrado varios artículos de fondo al análisis de la obra geográfica de Vergara y Velasco... enumera en esta ocasión, en nota, todos los trabajos históricos, geográficos y militares del premiado, incluso su crítica de *Pax*. Idéntico honor han merecido sus trabajos en varias otras revistas europeas y por parte de la Real Academia de la Historia, la cual, espontáneamente, en premio de ellos, le ha nombrado su socio corresponsal, lo mismo que la Real Sociedad Geográfica de Madrid...

«Entre los laureados solo figuran tres extranjeros: dos americanos y un español, y solo uno de ellos (Vergara y Velasco) con medalla de vermeil (plata dorada).

«... La sabia Corporación no considera dignos de lauro sino los trabajos en que hay alguna originalidad y labor sostenida de largos años, y de ninguna manera las simples ampliaciones o reducciones de cartas viejas, las compilaciones incoherentes o las construcciones mecánicas fabricadas sobre perfiles, cortes, cotas o cartas publicados anteriormente; y está bien que así sea, para escarmiento de plagiarios y trabajadores de segunda mano. La conducta de la Sociedad de Geografía de París en el particular es la que hoy siguen las Corporaciones que en el globo aspiran a merecer realmente el calificativo de asociaciones científicas».

Mereció honrosas distinciones de varias sociedades científicas extranjeras. Vergara y Velasco fue miembro correspondiente de la Sociedad Geográfica de Lima, de la Real Sociedad Geográfica de Madrid, de la Real Sociedad Geográfica de Londres, de la Sociedad de Geografía de París y de la Sociedad de Geografía de Neuchatel. El diploma de esta última se le remitió con una comunicación del sabio profesor C. Knapp, concebida en los siguientes términos: «Esperamos que queráis aceptar

este título como un modestísimo homenaje destinado a recompensar, en la medida de nuestras fuerzas, al ilustre autor de tantos trabajos que de tiempo atrás han hecho conocer uno de los Estados de la América del Sur». La nota remisoría lleva la fecha enero 21 de 1910. En ella le indica el profesor Knapp, secretario general, que en sesión del día anterior, y con ocasión del 25° aniversario de la fundación de la Sociedad Neuchatelesa de Geografía, el comité de la Sociedad le había discernido el título de miembro honorario.

Pero en Colombia no se estimaba debidamente su labor lo que muchos años después anota sorprendido don Adolfo Dollero en su obra *Cultura Colombiana* (1930):

«Curioso y doloroso al mismo tiempo, lo que pasó con Vergara y Velasco. ¡Más fue honrado en el extranjero que en su Colombia que tanto amaba! ¿Por qué?».

Si sus contemporáneos no pudieron sustraerse a envidias y emulaciones propias de *nuestro pobre carácter nacional*, al cabo de media centuria se empieza a hacerle justicia. Dos de las instituciones científicas de mayor renombre en el país, con ocasión de cumplirse el cincuentenario de haberse publicado la tercera edición de la Nueva Geografía de Colombia, rindieron al autor espléndido homenaje al reproducir algunos capítulos de su magnífica obra.

En el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia*, (volumen IX, segundo trimestre de 1951), se transcribió la parte del relieve denominada *Montes Caribes*; y en el N° 1° del mismo año se publicó un resumen de la bibliografía de Vergara y Velasco, que comprende numerosísimas obras.

Y en la *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales* (N° 31, año de 1951), se reprodujo el capítulo de la *Nueva Geografía* referente a la Climatología, Flora y Fauna, precedido de una admirable introducción en la que el profesor Luis María Murillo hace resaltar el mérito extraordinario de esa obra y sus caracteres de originalidad.

«Nunca llegué, dice el sabio profesor, a definir mejor el sentido de la patria como cuando las páginas de la Nueva Geografía escrita por Regiones Naturales del General de la República Vergara y Velasco, iban mostrándome su imagen retratada en más de trescientas xilografías, quizá deficientes desde el punto de vista artístico, pero colmadas de acierto técnico, de afecto y de sinceridad. Entonces fueron las manos inexpertas de un niño las que voltearon las páginas del libro con torpeza y sugestiva curiosidad. Ahora, maduras y prudentes, siguen repasando las mismas páginas, que han estropeado las incesantes consultas y el tiempo ha amarillado, sin que pueda cambiárselas por otras, pues hasta hoy no hay obra alguna que pueda suplirlas, ni por la amorosa elaboración, ni por la sabiduría atesorada, palmo a palmo, por entre la maraña, por las vertientes escarpadas, llegando hasta las infernales hoyas ardientes, o trepando a las cimas heladas de los páramos.

«Fue Vergara y Velasco, militar desde su mocedad, escritor y periodista por herencia, maestro siempre, e historiador, naturalista y fisiógrafo por una inclinación entrañable por su patria, y que debió tener por acicate ese bellissimo y sensual panorama colombiano. El sabio médico y naturalista Juan de Dios Carrasquilla, quien le hizo su colaborador en el Instituto Nacional de Agricultura en 1880 y 1888, debió orientar las inclinaciones de su joven colega por los campos de la climatología, la hidrografía y la geomorfología; es decir, de la geografía física, de la cual dejara una obra original, no superada todavía. Su estilo, muchas veces lírico, descubre los lazos que le unen a José María Vergara y Vergara, el donairoso literato, hermano de su padre, que supo loar los elementos de la naturaleza con el amor de Francisco de Asís, y con toda la bazarria de su caudal poético.

«Si quisiéramos juzgar la obra científica de Vergara y Velasco por algún testimonio valedero de la época, nos bastaría recurrir al del famoso y mundialmente renombrado geógrafo Eliseo Reclus...

«A principios de 1889, por ejemplo, le escribía: *Esto que me dice de sus proyectos relativos al estudio del suelo y del clima colombianos puede hacerme esperar una obra grandiosa.* .. Estos estudios proyectados por Vergara y Velasco fueron incluidos en la segunda edición de su *Nueva Geografía* y citados profusamente por Reclus en su extenso capítulo Colombia, escrito más tarde...

«La *Nueva Geografía* fue obra de larga gestación, y en forma alguna tomada de Reclus...

«Era tan grande la cultura de Vergara y Velasco, que se hizo popular; y tan múltiples sus facetas, que ofrecieron asidero a todas las bellaquerías. La envidia, esa liana amavilla que caracteriza cierto aspecto de nuestra raza, pudo treparse y enroscarse a su personalidad hasta hacerla aparecer como un *científico charlatán...*».

«Vergara y Velasco hizo de los estudios de la geografía física de Colombia una disciplina de toda su vida. La sola publicación de sus obras cubre un espacio de más de veinte años densamente trabajados, no desde un escritorio y tomando sus conocimientos de una biblioteca, sino de todo el territorio, hasta de los más recónditos parajes de la república. Su obra fue de análisis y de síntesis; de disección y de composición. La ordenación realizada por primera vez de las alturas, es el paso inicial de este proceso; él las contempla como una función del clima y de la vida. Viene luego el estudio comparativo del relieve controlado en todos sus perfiles y llanuras; después el análisis de ese origen orográfico que modeló las hoyas hidrográficas, dio curso a los vientos y formó los microclimas. Su estudio climatológico es una interpretación genial sobre el cual se desenvuelve la flora y la fauna. Finalmente, después de todo este complejo estudio escrito en más de cuatrocientas bien nutridas páginas, entra a describir las regiones naturales de Colombia, en una suerte de deducciones lógicas y que ocupan trescientas páginas más.

«Las comarcas o regiones naturales de Vergara y Velasco son, en consecuencia, producto de un examen rigurosamente científico, que se desborda de ese monumental volumen de su *Nueva Geografía...*

«Su magnífica y valiosa obra, no superada hasta ahora..., ha servido de permanente consulta a autores nacionales y extranjeros, aunque algunos hayan olvidado citarla en sus bibliografías como... debió suceder al gran biólogo Frank M. Chapman».

Efectivamente, Chapman en *The distribución of Birdlife in Colombia*, copió a Vergara y Velasco, sin nombrarlo. Los mapas de Chapman son tomados de la *Primera carta fisiográfica de Colombia (combinación de altitudes y temperaturas), centros y líneas de fuerza y resistencia*, estupenda y original carta que forma parte del *Atlas completo de Geografía de Colombia*, del que hablamos antes y de otros mapas y datos de la *Nueva Geografía*.

A este respecto dice el profesor Murillo (*Colombia, un archipiélago biológico. Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, mayo de 1956), lo siguiente:

«Un bosquejo sobre la topografía colombiana, capítulo de la obra *The Distribution of Bird Life in Colombia* (1917), de Chapman, es una de las más hermosas interpretaciones que se pueden hacer de la fisiografía de nuestro país, pero tal contribución no es original en toda su extensión; en efecto: la *primera carta fisiográfica*, construida por Vergara y Velasco y editada en su gran obra cartográfica (1906), parece haber influido, de igual manera que su geografía (1901), en ese bosquejo. Sin embargo, el ilustre científico norteamericano, que cita con sin igual diligencia a muchísimos exploradores, ignora esta exhuberante fuente de nuestro investigador. Y tal desconocimiento resulta extraño, pues la obras de Vergara y Velasco aunque menospreciadas en su propio ambiente y blanco de escarnios, se encontraban en las librerías y en el Ministerio de Educación por la época en que debió visitarnos el señor Chapman.

«Las islas y penínsulas que veía Chapman con su símil del mar... las destacó genialmente Vergara y Velasco en su geografía. Pero de otro modo, el *bosquejo sobre la topografía colombiana* parece, más bien, con sus mapas fisiográficos en colores y su brillante y didáctica presentación, una exégesis de los estudios del General, ricos en datos altimétricos, en observaciones, en concepciones sobre el clima y con una rica presentación cartográfica de planos y perfiles personalmente elaborados por su autor, y que le hicieron acreedor al premio *Charles Maunoir*.

«Jamás trataría de demeritar la obra magnífica de Frank M. Chapman, original en cuanto al estudio de las aves se refiere. Pretendo, solamente, deslindar y amojonar la muy valiosa de Francisco

Javier Vergara y Velasco, porque a causa del injusto menosprecio que sufrió su autor, no falta quien, al valorarse sus ideas, quiera desconocer a su legítimo progenitor».

Pero tampoco es original la obra del ornitólogo americano en cuanto a las zonas en que supone se desenvuelve la vida de las aves. Según Chapman, la vida de éstas en los Andes colombianos está distribuida en cuatro zonas, «y puesto que la zona baja, agrega, se extiende en su totalidad dentro de los trópicos (las otras no?), es consecuente que las zonas restantes son todas altitudinales». También lo es la primera.

Vergara y Velasco, como consecuencia de un detenido análisis de las temperaturas a diversas alturas y en distintas regiones, y teniendo en cuenta los principales cultivos, concluye: «De lo dicho resulta que la división altimétrica es la más importante para el país y debe basarse tanto en la temperatura como en las producciones naturales, de donde las tan conocidas tierras *calientes, templadas, frías y paramosas* del pueblo, bien que tal división esté lejos de ser correcta. Admitiendo el calificativo de templadas para las de cierta zona andina, la caliente comprende dos porciones esencialmente diversas, que llamaremos ecuatorial o tórrida y tropical o cálida, para marcar climas de 33° a 29° y de 270° a 240°. El término *tierras frías* es correcto, en verdad, pero la voz páramo está en el mismo casi que el penúltimo, y en atención a que los arbustos suben hasta cerca de los 4.000 metros, y luego ya cae nieve, subdividiremos la zona en *frígida o páramo propiamente dicho* o puna, hasta donde concluyen los verdaderos árboles, y *polar o páramo bravo* el resto».

Colocamos a continuación en dos columnas las zonas de uno y otro autor a fin de que pueda verse con más claridad la concordancia. Observamos que Chapman llamó también tropical a la más baja; cambió el nombre de la segunda (*templada*) por *sub-tropical*¹, lo que lo llevó a designar la tercera, que es notoriamente fría, como templada; suprimiendo la fría; y conservó a la cuarta el término de páramo.

«Estas divisiones, dice, corresponden a las de *Tierra Caliente, Tierra Templada, Tierra Fría y Páramo* de otros autores (¿cuáles autores?), pero las alturas dadas aquí son mayores que esas basadas únicamente en la temperatura». Ya vimos cómo Vergara y Velasco las funda no sólo en la temperatura, sino también en la altitud y en los cultivos. No nos explicamos por qué son mayores las de Chapman, quizá por no copiar exactamente las del geógrafo colombiano.

¹ Nombre tomado de la carta fisiográfica de Vergara y Velasco, en la que se designa la segunda zona (templada) así: «flora subtropical y tierras templadas y frescas».

VERGARA Y VELASCO	CHAPMAN
Torrída a 500 ms	(2) ²
Cálida o tropical 500 a 1.000 1.200 ms (cacao, plátano, tabaco)	Tropical 0 a 1.350 1.800 ms
Templada: 1.000 1.200 a 2.200 2.400 ms (café, algodón, guineo)	Subtropical: 1.800 a 2.700 2.850 ms
Fría: 2.200 2.400 a 3.00 3.100 ms (pino, roble, quina, papa, cebada)	Templada: 2.700 2.850 a 3.300 3.900 ms
Páramo: 3.000 3.100 a 4.000 ms	Páramo: 3.300 3.900 4.500 ms
Polar: 4.000 a 5.000 ms	

Aún sin escudriñar mucho es posible señalar algunas otras coincidencias.

«En los tupidos bosques de las vertientes de los Andes Occidentales sobre el Pacífico, la falta de superficies favorables para irradiación conduce a una temperatura más baja de la que se encuentra en el nivel correspondiente en las áridas vertientes orientales de la misma cordillera. Por consecuencia la margen superior de la Zona Tropical queda por lo menos 1.000 pies (unos 300 ms.) más arriba en la ladera oriental que la ladera occidental de estas montañas».

Vergara y Velasco había dicho, como resumen del estudio y comparación de las temperaturas en las distintas zonas:

«En fin, el país puede considerarse como una pirámide puesta sobre base muy extensa, en la que sin contraste súbito la porción occidental o trasandina es menos tórrida que la oriental o cisandina y la transmagdalena más cálida que la cismagdalena, entre la montaña. ..». Y en otro parte: «. . .la línea de la nieve perpetua oscila 400 ms. en torno de su nivel medio; por desgracia ese cálculo (el de 19 de diferencia por cada 160 a 150 ms. en verano, y por cada 120 a 145 en invierno), es puramente ideal: aquí a 800 ms. de altitud hay tal temperatura, y allá a esa misma altura aparece otra que difiere de aquella hasta en 5 y más grados».

² Estas alturas están dadas en pies por el autor.

Escribe Chapman: «Dentro de sus líneas latitudinales de la Zona Tropical, se puede decir que es un mar de vida en el cual las zonas superiores son apenas islas».

Lo que Vergara y Velasco había expresado en términos más claros y precisos:

«De estos diversos climas ninguno forma zona continua en el país: la cálida puede considerarse como un océano en que se bañan varias islas, en especial una de continente doble, dentro del cual la templada, es a su turno considerada de la misma manera, forma zona continua, mientras la fría aparece repartida en grandes y pequeñas islas, y tratada a su turno del mismo modo, envuelve los páramos y nevados como a islotes y arrecifes». Y luego hace la descripción de los diferentes lugares que comprende cada faja o zona: caliente, templada, fría, paramosa.

Chapman insiste en declarar que es suya esta hermosa y original concepción: «Volviendo a nuestro símil con el mar, cuando como en Colombia, las islas de las zonas superiores asumen el grado de penínsulas o son lo suficientemente numerosas para ser comparadas con archipiélagos, se forman bahías más o menos encerradas...».

Con el fin de mostrar de un modo más objetivo la topografía colombiana, decía Vergara y Velasco: «Supongamos que el mar sube 6.000 metros sobre su nivel actual y por lo tanto que Colombia íntegra desaparece bajo sus aguas; y que luego, mirando ese mar a vista de pájaro, hacemos que sus aguas desciendan bruscamente por capas de un kilómetro de espesura.

«Al reducirse la inundación a 5.000 metros, apenas veríamos surgir de entre las olas cinco islotes, cuatro de ellos alineados sobre larguísima recta, y el último hacia un lado, todos a grandes distancias entre sí: serían las cumbres de Cayambe, Huila, Tolima-Ruiz, la Sierra Nevada de Santa Marta y la Sierra Nevada de Chita.

«Al bajar las aguas otros mil metros, poco aumentaría el suelo patrio: crecerían en superficie las islas mencionadas; sobre la directriz del Cayambe al Huila aparecerían otras formando cordón, y la principal de ellas quedaría cercana al Huila; hacia el S. resultaría un verdadero archipiélago de islotes; la isla de Güicán quedaría sobre otro eje de tierras emergidas, y por último, al W. de esos dos ejes surgiría la isla del Paramillo del Sinú» (El mapa correspondiente se titula «Archipiélago colombiano»).

«Los mismos alineamientos subsistirían al descender el mar a 8.000 metros sobre el nivel actual, solo que sobre esa líquida superficie las tierras se agruparían más bien a manera de diques larguísimos recorridos aquí y allá por crestas de mediana altura, y hacia el S. y el N. E. (con respecto a Bogotá) aún aparecerían algunas poblaciones a modo de puertos marítimos. En especial

sería considerable la línea central de cumbres, porque solo en un punto la interrumpiría un estrecho (Guairapungo); la línea occidental sería del todo discontinua, y la oriental parecería complicado archipiélago de tierras dispuestas de modo raro sobre varios ejes. En fin, allá al X. W. y a gran distancia (en Chiriquí) se verían algunos islotes.

«Sin modificarse la amazón aumentaría el territorio al bajar el mar a 2.000 metros, de suerte que la extensión del compacto archipiélago casi igualaría a la de Bélgica; islas habría ya con clima templado por la altura de sus relieves, y alguna mediría considerable anchura.

«Al siguiente escalón la transformación sería notable, desaparecerían multitud de canales y las tierras emergidas se agruparían en dos fajas distintas pero unidas a modo de Y, con golfos y senos considerables y multitud de islotes que entre aquellas semejarían pilares de puentes de comunicación. Hasta la región de Chiriquí se acercaría de suerte que solo una serie de estrechos habría entre ella y las tierras continentales. ¿Dónde se hallarían entonces las cordilleras tales como de ordinario las imagina el común de las gentes?

«Si en seguida reducimos la inundación a 500 metros, plano nivel donde principian las mesas, algo crecería la superficie descubierta, pero sin modificarse la amazón ya mencionada: una mesa en forma de Y, con ambos brazos superiores bifurcados, con algunos islotes al E. al N y al N. W. y además al W, las tierras de Panamá. En fin, al suprimir esa capa líquida de 500 metros, 110 solo se triplicaría la tierra seca, sino que quedaría suprimida la comunicación entre los dos océanos».

El doctor Luis Eduardo Nieto Caballero, en un artículo de sumo interés, como todos los suyos ³ escrito con ocasión de la importantísima publicación de Luis María Murillo (Colombia un archipiélago biológico), trae elogios que agradecemos vivamente, con especialidad los que se refieren a nuestro progenitor, respecto de cuya labor, como resumen de lo que sobre ella anota el profesor Murillo, dice lo siguiente:

«.. .Vergara y Velasco, que redujo a temperatura, vientos y humedad las condiciones atmosféricas que afectan los órganos de los seres vivos, mostró su combinación en un relieve tan variado como el de Colombia, que por la manera como los Andes penetran y se reparten en su territorio, presenta cadenas y macizos y tenazas de extraordinarios contrastes, donde cada falda y cada altiplanicie tiene condiciones meteorológicas particulares y donde las cumbres de las montañas sobresalen como islas, cual si a determinada altura hubiera cubierto el territorio un mar imaginario. Este espléndido símil, de donde saldrá el archipiélago biológico de Murillo, es de Frank Chapman, quien escribió en su magnífico libro sobre la vida de las aves en Colombia, la que aquel considera como

³ Con el seudónimo Sandy Rose, en Intermedio, julio 23 de 1956

una de las más hermosas interpretaciones que se hayan hecho de la fisiografía de nuestro país, en la que dice anotar la influencia de Vergara y Velasco, a quien Chapman infortunada y extrañamente no cita».

Este hermoso símil, como equivocadamente lo interpretó el doctor Nieto Caballero, no es de Chapman, quien según hemos visto, lo copió de Vergara y Velasco y con la mayor desfachatez lo presenta como propio.

El zoólogo norteamericano debió sorprenderse al encontrar en la *Nueva Geografía* investigaciones y estudios verdaderamente originales, y comprobar que se fundaban en cuidadosas observaciones y el estricto análisis de los fenómenos. Y al manifestar su admiración, los asesores criollos empeñados en desacreditar lo nuestro, le asegurarían que ese libro, cuyo autor había muerto uno o dos años antes, no tenía ningún valor en Colombia, nadie lo apreciaba; y convencido de que 110 se descubriría el fraude, decidió explotar el rico filón, y exhibir como propias tan nuevas y fundamentales concepciones de la fisiografía y la climatología colombianas.

Nos parece oportuno insertar algunos apartes de la *Nueva Geografía* en los que el autor expone teorías científicas de verdadera importancia (*ecuador térmico, ecuador climático*), que posteriormente han sido aceptados por geógrafos de indiscutible renombre, entre ellos Elíseo Reclus, quien transcribe lo referente al clima —lo fundamental— en el capítulo *Colombia* de su célebre *Geografía Universal*.

Dice Vergara y Velasco: «Teóricamente, el ecuador térmico del globo debiera seguir al ecuador geográfico, pero prácticamente cruza por cerca de nuestro litoral atlántico, que como es refrescado por las brisas, lo rechaza un poco al sur, de suerte que si en dicho litoral la temperatura media anual oscila entre 27° y 28°, en las llanuras septentrionales de la Magdalena sube a 31°. Ambas cifras aumentan un poco donde el suelo es arenáceo y carece de vegetación. Además, esa temperatura normal de 31° se acrecienta a 32° y 33°, si de la zona litoral pasamos a la continental, o sea las llanuras de la Orinoquia y parte de la Amazonia, porque hacia la vaguada del río de los ríos, por la facilidad con que le baña el Alisio, disminuye otra vez a las cifras señaladas para el litoral atlántico. En tesis general, la temperatura es menos elevada en la costa del Pacífico y desciende hacia el mediodía (Tumaco 26°), por cuanto allí aún obra la corriente fría de Humboldt. La línea que enlaza a Tumaco con el Amazonas es aún más fresca; lo propio sucede con la que cruza la cordillera de Tamanca y con la que une el Orinoco al Amazonas. En cambio, dentro de los pliegues andinos se encuentran valles donde el termómetro marca temperaturas superiores. En una palabra, prescindiendo de las temperaturas ocasionales o de ciertos lugares en ciertos días y

épocas, tendremos que Colombia (con parte de Venezuela) es una especie de isla climática, con perímetro relativamente fresco que envuelve un extenso núcleo más ardiente, sobre todo al E., dentro del cual, hacia el NW., surge pequeña mancha que lo es mucho menos, y que en su seno guarda, a modo de fajas, porciones en que el calor desciende hasta llegar a 0°, y a la vez encierra aquí y allá, por vía de contraste, como puntos, los sitios donde sube el termómetro, es decir, los *infiernos colombianos*».

El profesor Luis María Murillo reproduce parte de lo anterior y agrega: «Pero no fue Vergara y Velasco un superficial aficionado, sino tenaz y ejemplar investigador, que hizo, a pesar de las dificultades inherentes de su época, un examen exhaustivo de los problemas relacionados con el clima. Así habla de un *ecuador térmico* en 1891, antes de que el geógrafo francés Juan Brunhes lo definiera, y como si hubiera tratado de expresar, más bien, la idea de un ecuador climático, término creado recientemente por el geógrafo Cari Troll, profesor activo de la Universidad de Bonn».

Vergara y Velasco había también encontrado y definido el ecuador climático muchos años antes, diferente del *ecuador térmico*. Oigámosle:

«Como se comprende, el calor de las partes bajas y el frío de las alturas, haciendo papel de doble émbolo, incesantemente producen en las cordilleras preciso movimiento en el aire, por lo cual la atmósfera, como el mar, no solo tiene sus corrientes, sino también su flujo y reflujo, y así como del trópico parten las aguas que calentarán las costas del Norte, también de la llanura cálida arrancan los tibios vientos que harán lo mismo con las heladas cimas. Tenemos, pues, que de arriba y de abajo surge opuesto movimiento, en forma de vientos, los cuales al encontrarse, por más que quieran ambos dejarse libre el paso, no lo consiguen a causa del relieve, chocan entre sí y, en cierto modo, se equilibran en una zona dada, *neutra*, por así decirlo, que se prolonga a lo largo de las serranías, marcando en ellas una especie de ecuador climático andino, especial, exclusivo al relieve tropical colombiano, la zona de la eterna primavera entre el eterno estío y el otoño secular, éste en ocasiones muy trastornado por el invierno sin fin, que, en vez de seguirlo en el tiempo, se trepa a las últimas cimas para dominarlo permanentemente con más facilidad».

Las cuatro estaciones que invariablemente unidas se encuentran en los trópicos; y en vez de sucederse en el tiempo se suceden en el espacio; estío, primavera, otoño e invierno, de abajo hacia arriba.

En los últimos años se ha revaluado la obra de Vergara y Velasco, debido en gran parte al tesonero esfuerzo del profesor Luis María Murillo, quien, como él mismo lo ha dicho, desde la niñez pudo

apreciar las excelencias de la *Nueva Geografía* y en casi todos sus escritos elogia y hace notar las valiosas y originales investigaciones del autor.

En reciente publicación (Nº 506 de *Semana*) vuelve a ocuparse de dicha obra y reproduce un mapa (Colombia si el mar subiera 2.000 metros), con la siguiente nota: «Según el geógrafo general Vergara y Velasco, los mapas del país deben elaborarse teniendo en cuenta que su configuración física deriva de su antigua conformación de archipiélago, tal como lo hizo él en el dibujo de mapas que se ha conservado».

En el número 499 de la misma Revista había hecho reproducir otros mapas de la *Nueva Geografía* que muestran a lo que se reduciría el territorio patrio si el mar subiera a 3.000 metros y a 4.000 metros (Archipiélago Colombiano) y la *Primera carta fisiográfica de Colombia*, con este elogioso comentario: «Sorprende la exactitud con que el geógrafo y cartógrafo colombiano logró la elaboración de este mapa, en una época en que se carecía de todos los elementos con que cuentan los especialistas de hoy. Basta imaginar lo que significa haber llegado a la concepción global de una región tan accidentada como Colombia, para un cartógrafo criollo que en 1900 no soñaba siquiera con el avión, el gran auxiliar de la geografía moderna».

Para concluir, séanos permitido expresar nuestro profundo e inextinguible agradecimiento al ilustre profesor Luis María Murillo, quien, como lo expresara el doctor Nieto Caballero en el artículo a que atrás hicimos referencia, deja situado al general Vergara y Velasco «en una cumbre de la que no lograrán hacerle descender ni la ignorancia, ni el chiste, ni la envidia»..

